

Sobre la relación del bereber y la lengua prehispanica de Canarias: los estudios de Abercromby, Marcy y Wölfel

CARMEN DÍAZ ALAYÓN

FRANCISCO JAVIER CASTILLO

*Instituto Universitario de Lingüística «Andrés Bello»
Universidad de La Laguna*

Del conjunto de las distintas explicaciones que se han apuntado sobre el tronco lingüístico al que pertenece el sistema de comunicación de las Canarias prehispanicas, la que se ha mostrado más verosímil y la que ha ofrecido algunos frutos, si bien no del todo satisfactorios, es la que vincula la antigua lengua insular al bereber, y en este sentido se puede establecer perfectamente una línea que va, a lo largo de casi cinco siglos, desde las primeras afirmaciones que se producen a este respecto hasta nuestros días, todo ello dentro de una trayectoria que presenta tres tramos nítidamente delimitados.

En primer lugar, tenemos una etapa inicial que abarca desde el principio de la segunda mitad del siglo XVI hasta el último tercio del siglo XVIII. A lo largo de estas dos centurias se suceden distintas manifestaciones y afirmaciones sobre las relaciones del noroeste africano y las Canarias preeuropeas, mayoritariamente apoyadas en la proximidad geográfica, la similitud de usos y costumbres y las coincidencias lingüísticas. Una segunda etapa se inicia en 1764 con George Glas y su *An Enquiry Concerning the Origin of the Natives of the Canary Islands*, y llega hasta los comienzos del siglo XX. Aquí se dejan atrás las simples referencias y las repeticiones eruditas que

pasan de un autor a otro y se da un paso adelante especialmente significativo: se empieza a hacer comparación lingüística para establecer el alcance de la relación desde unas posiciones científicas. Y, finalmente, tenemos una tercera etapa que se abre en 1917 con John Abercromby y que llega hasta las contribuciones de los últimos años, un periodo de casi un siglo de investigación claramente marcado por un conocimiento cada vez más completo del dominio bereber y por un posicionamiento más riguroso sobre la cercanía de este a la realidad lingüística de la prehistoria insular.

Ya tuvimos ocasión de seguir el desarrollo de los dos primeros tramos, que nos sirvió tanto para destacar que la proximidad del bereber y del sistema lingüístico de los antiguos canarios constituye un hecho advertido desde fecha temprana, como para prestar especial atención al legado singular de Glas y Sabin Berthelot¹. Por ello, corresponde ahora volver a tomar el camino donde lo dejamos y completar la trayectoria con el estudio de la tercera etapa, plena de publicaciones de interés, aunque por razones de espacio se limitará el análisis a algunas de las aportaciones más representativas.

Ya a finales del siglo XIX y principios del siguiente, son varios los berberólogos que empiezan a prestar atención a los materiales canarios y a ver que el bereber puede explicar satisfactoriamente algunas voces canarias y que los restos lingüísticos insulares constituyen un espejo en el que se puede ver reflejado el comportamiento del bereber en un estadio antiguo. Así hace R. Basset en algunos de sus trabajos, especialmente en «Notes de lexicographie berbère», donde aporta nuevas referencias que confirman la analogía bereber de voces como *chamato* ‘mujer’ y será el primero en establecer los paralelos indiscutibles del antropónimo de La Palma *Azugahe*, que Berthelot había intentado explicar sin conseguirlo, y otro tanto hace con la forma común *tarja*. Del mismo modo, Paul Provolette intenta interpretar algunas formas canarias a través de la variedad de Sened, como es el caso de *achahucanac*²; y también corresponden a estos momentos los esfuerzos del explorador e investigador alemán Franz Stuhlmann, que se traducen en su trabajo *Ein kulturgeschichtlicher Ausflug in den Aures*, publicado en Hamburgo en 1912; pero será John Abercromby (1841-1924) el que inaugure los estudios de lingüística prehispanica

1. Díaz Alayón y Castillo (1999a y 1999b).

2. *Apud* Wölfel (1965: 406, 426, 431, 461).

moderna con su trabajo «A Study of the Ancient Speech of the Canary Islands», que constituye un decidido avance en el conocimiento de las relaciones lingüísticas del Magreb y las Islas. Abercromby es consciente de las limitaciones que han condicionado la mayor parte de las investigaciones de la lengua de los naturales canarios y particularmente sobre la cuestión de la cercanía de esta al bereber, y por ello hace esfuerzos en el plano metodológico que le permitan proporcionar un estudio científico en el que las conclusiones puedan ser firmes. Como punto de partida tiene en cuenta los materiales reunidos por Gregorio Chil en sus *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias* y procede a compararlos con palabras bereberes de forma y significado coincidentes, y su labor en este sentido se ve facilitada por el hecho de que tiene a su disposición un amplio número de estudios, manejando los trabajos de Basset, Biarnay, Hano-teau, Masqueray y Stumme, entre otros. Todo ello es el resultado de que en las últimas décadas se ha profundizado notablemente en el conocimiento de este dominio y ya no se tienen solamente referencias del cabilio, del shilha y de las variedades saharianas, sino que se empiezan a conocer datos de áreas hasta ahora no investigadas, como el Rif y la región central de Marruecos, aunque bien es verdad que Abercromby —que no ignora la multiplicidad dialectal del dominio que estudia y las acusadas diferencias que en él se dan— solo tendrá en cuenta quince variedades porque el objetivo de su investigación es demostrar que una voz canaria dada tiene analogía con un término bereber de significado y significado similares.

El resultado de su análisis se traduce en un catálogo de los materiales en tres clases. La clase I abarca 41 formas (el 19% de las catalogadas) que son casi todas completamente bereberes en forma y contenido. La clase II incluye 34 palabras (menos del 16%) que se relacionan dudosamente con el bereber, aunque algunas de ellas parecen mostrar una identidad de formas gramaticales y verbales. La clase III (117 palabras, esto es, un 54%) contiene una larga lista de términos, ninguno de los cuales puede relacionarse satisfactoriamente con el bereber moderno y que, en su opinión, unos pocos son probablemente de origen árabe y otros presentan muestras de corrupción, pero mantienen algunos rasgos que los acercan a la cultura de los aborígenes.

El estudio no se detiene en el ámbito del léxico porque nuestro autor sabe que la relación entre dos lenguas nunca puede establecerse satisfactoriamente con la simple comparación de cierto número de nombres, sino que hay que hallar similitudes estructurales, y por ello

amplía su análisis a la morfosintaxis, y en este nivel descubre que las voces canarias *temosen*, *tahatan*, *chamato*, *tedote* y *tigot* presentan una *t-* inicial como lo hacen en bereber los nombres femeninos; que las formas insulares *taharen*, *ahoren*, *hamen* y *ahemon* muestran una terminación muy cercana al sufijo *-en*, *-in*, con el que se forma en bereber el plural; que en *Tinirife* ‘la del calor’ y en *Tamonante en Acoran* ‘la casa de Dios’ se advierte la presencia de la partícula *en/n*, de la que se sirve el bereber, especialmente en las variedades meridionales, para expresar el genitivo colocándola entre dos nombres; y que también se dan analogías en los numerales y en el verbo, analogías que son escasas, pero que muestran que la similitud se establece no solamente en el campo del léxico sino que también se produce en el nivel gramatical e, incluso, en el fonético-fonológico. A este respecto, Abercromby descubre que en todas las Canarias hay palabras —casi 6 decenas en su recuento— que contienen el sonido no bereber de la *p* y sabe que esta presencia de la *p* también se da en la mayoría de las lenguas hamíticas, que el sonido existió en el egipcio antiguo y en el copto, y que se encuentra también en el hausa y en unas pocas palabras del libio occidental, por lo que no le parece teóricamente imposible que los primeros pobladores que arribaron a las Afortunadas desde el continente tuvieran en su sistema el sonido *p*. En cualquier caso, la inexistencia de este en bereber no supone para Abercromby ningún obstáculo en lo que se refiere a la analogía con la lengua de los canarios porque solo significa que en sus estadios más tempranos el bereber tuvo ese sonido, y que el sistema insular, por tenerlo, constituye un claro precedente.

Todo ello lleva a este investigador a pensar que la lengua de las Canarias antiguas era una fase primitiva del bereber moderno y que puede considerarse como una rama occidental del proto-libio. La concordancia tan estrecha y exacta que se advierte en las formas de la clase I —que apenas difieren de los correspondientes términos bereberes— le hace suponer que se trata de palabras cognadas que formaban parte de un núcleo común, que se remonta en el pasado hasta la primera colonización del Archipiélago. En su opinión, hubo indudables vínculos entre algunas de las Canarias y el continente antes de la llegada de los conquistadores europeos, y una prueba de ello se encuentra en el hecho de que los cronistas normandos reflejan que Jean de Béthencourt transportó a muchos naturales de Fuerteventura a Lanzarote no solo para hacerse más fuerte contra los habitantes de esta isla sino también para defenderse del rey de Fez, que entendía que las Islas

le pertenecían y que estaba preparando una expedición contra los franceses, hecho que viene a probar que el Magreb atlántico conocía el Archipiélago desde fecha temprana. Junto a esto y teniendo en cuenta la historia insular, también le parece bastante probable que algunas de las palabras bereberes se introdujeran después de la conquista, porque tanto los normandos como luego los españoles hicieron numerosas entradas en la costa africana y se traían prisioneros, por lo que un cierto número de palabras de indudable relación con el bereber fueron de introducción relativamente tardía.

Los resultados que Abercromby consigue en su estudio son definitivos y de un singular interés. Algunos de los hallazgos etimológicos de los autores precedentes, como Glas, Berthelot y Basset, quedan definitivamente confirmados —véase el estudio que hace de las voces *ahemon*, *ahoren*, *arehormaze*, *Azuguahe*, *chamato*, *irichen* y *oche*— y sus logros se ven ahora ampliamente superados porque se encuentran nuevas relaciones para las formas comunes *ilfe*, *tagoror*, *mencey* y *tesseses*, para las voces geográficas *Acof* y *Tedote* y para la expresión *gama*. Junto a esta labor de revalidación y de nuevas aportaciones, también hay que señalar que algunas de sus conclusiones parciales muestran errores de diverso signo, algunos de los cuales provienen de asumir las listas de Chil sin someterlas a ninguna revisión o crítica y ello hace que caiga en inexactitudes.

Prueba de ello es la presencia de *masiega* ‘torta o tierra amasada con la que se cubrían las casas’, una forma que Abercromby explica como masculino del prehispanismo *tomasaque*, en el caso de que originalmente sirviera para denominar las vigas o palos que sostenían la techumbre de las casas pajizas tradicionales, pero lo cierto es que ni tiene este valor ni se trata de una voz canaria antigua. De igual modo, en relación con los términos *mulan* y *aculan*, afirma que el primero constituye claramente una lectura equivocada que se ha hecho en lugar del último, que es el que considera genuino, pero nuestro autor ignora que *aculan* es un registro que no aparece en ninguna fuente con anterioridad a la segunda mitad del siglo XVIII —lo vemos por vez primera en Glas— y no repara en dos hechos de peso: la existencia de la voz *amolán* en el español de Canarias y el registro coincidente de tres textos tempranos sobre esta forma. Así mismo, en algún caso vemos su incapacidad para explicar términos que tienen en el bereber una respuesta clara, como se advierte en las voces comunes *eres* ‘hoyo o poceta formada en las rocas impermeables del álveo de los barrancos donde se acumula arena fina y agua’, *time* ‘borde de

un precipicio, borde de una ladera, eminencia, cima' y *tenique* 'piedra del fogal'. Y otro tanto puede decirse de los topónimos, tal y como se ve en *Ajerjo*, un nombre geográfico de La Palma, que Abercromby incluye en el apartado 15 de la clase III, esto es, la de aquellos términos que no consigue explicar a través del bereber, pero ocurre que *Ajerjo* tiene en este dominio paralelos válidos, como *tašeršart* 'cascada', *šeršer* 'caer en cascada' y *ašeršu* 'chorro de agua, cascada'. Al margen de estas inexactitudes y errores, resulta innegable que la contribución de Abercromby es el pórtico por el que accedemos a toda la investigación más reciente hecha en este campo y que se va a caracterizar por la disparidad de criterios y conclusiones, y en la que vemos posiciones que van desde la convicción firme de que las Canarias prehispanicas eran lingüísticamente una provincia del dominio bereber hasta la opinión que admite la existencia de material indudablemente bereber junto a otros elementos que no se pueden explicar en esta dirección.

La primera de estas posiciones la vemos en Georges Marcy (1906-1946), en el que se da la combinación perfecta de un amplio conocimiento del bereber con un apreciable entusiasmo por la lingüística y la etnografía canaria. Su profundo y particular interés por el dominio lingüístico y cultural del bereber acaparó una buena parte de su estancia en el Magreb, primero en el periodo que permanece en Marruecos, vinculado al Institut des Hautes-Études Marocaines de Rabat y, más tarde, en su etapa de profesor de la Universidad de Argel, y de ello dan oportuna cuenta los numerosos trabajos que publica a este respecto desde 1929 hasta 1940 y que se refieren a cuestiones no solo de lingüística y epigrafía, sino también de etnografía y folclore³. Su temprana muerte cuando solo contaba cuarenta años nos privó de conocer el gran proyecto que tenía en preparación: su estudio comparado del guanche y el bereber, una obra que, por las referencias que nos han llegado, no se atenía estrictamente a los límites de la lingüística sino que también hacía incursiones en la historia, la arqueología, la geografía, la etnografía y las actividades artísticas, como vemos, toda una obra magna que sin duda hubiera constituido una relevante contribución.

Para hacernos una idea de su posición frente a los vínculos de las Canarias prehispanicas y el África noroccidental nos sirven los tra-

3. Una relación de sus contribuciones puede verse en Bougchiche (1997).

bajos que publicó, en los que concluye que los vestigios de todo tipo que se tienen de los naturales canarios demuestran que estos proceden del continente vecino. Señala también que la población antigua de las Afortunadas estaba fundamentalmente constituida por elementos afines a los bereberes norteafricanos, y no excluye en modo alguno la posible participación de otros núcleos no berberófonos en la población canaria primitiva, igualmente venidos del continente africano, pero por la documentación de que entonces dispone y por sus estudios de los materiales lingüísticos conservados cree poder afirmar que esos antiguos ocupantes no han dejado huella lingüística alguna o, dicho de manera más exacta, que el guanche no contiene con toda probabilidad sustrato lingüístico distinto del bereber norteafricano (1962: 289). También subraya que la época del poblamiento de las Canarias, aunque es antigua, no es prehistórica en sentido estricto o de cronología europea, y que se trata de una civilización bereber, cuyo carácter particularmente arcaico se explica por una razón bien sencilla: la invasión musulmana del siglo VII puso fin bruscamente, casi durante un milenio, a las relaciones marítimas, más o menos espaciadas pero reales, que probablemente existían entre las islas y la costa septentrional de África durante la dominación cartaginesa y romana, y fue así, en este aislamiento, como logró el Archipiélago canario conservar intacto hasta los inicios de la Edad Moderna un estado de civilización contemporáneo del vivido en el África del norte en los últimos siglos de la dominación romana.

Estas afirmaciones las ilustra Marcy con distintos ejemplos de carácter lingüístico y uno de ellos es el término *Canaria*, que le parece un nombre bereber latinizado que remite al pueblo libio de los *Canarii* —que Plinio menciona y que Suetonio Paulino llega a conocer en su famosa expedición a través del Atlas—, establecidos en la actual región de Tafilet y que, según el historiador romano, se llamaban *canarios* porque vivían como perros y compartían con estos animales las entrañas de las fieras. También da como voces bereberes *Tenerife*, *Acero* (La Palma) y *Esero* (El Hierro), cuya explicación etimológica encuentra, respectivamente, en *Tä-n-ärfi* o *Tä-n-erifi* ‘la de la roca ígnea’ o ‘la del gran calor interno’ y en *azru*, *azeru*, *azri* ‘piedra, roque, muralla (1962: 248-250, 270-271, 276-277). Otro tanto dice de las formas *Gomera* e *Iballa* y la conocida frase *ajeliles jujaques aventamares* (1934), que *Iballa* le dice a Hernán Peraza en el episodio trágico de su muerte y que constituye el único texto que se nos ha transmitido de la lengua de los aborígenes de La Gomera.

De modo específico, Marcy señala que el sistema de comunicación de las Canarias preeuropeas ofrece contactos evidentes con el de los actuales tuaregs del Ahaggar, algo que ya había adelantado Abercromby y que le parece perfectamente explicable por el hecho de que las variedades saharianas son las que menos han recibido la influencia del árabe y las que han conseguido, por tanto, mantener un porcentaje mayor de material lingüístico original, de ahí que sean los más útiles para determinar las afinidades bereberes de la lengua canaria. Así, en *Titerogakaet* —el nombre que los naturales de Lanzarote daban a su isla según los cronistas normandos— nos encontramos ante una forma dialectal muy cercana al tuareg-ahaggar *tatergaget* ‘la que está quemada, la ardiente’, y lo mismo se repite con *Hautacuperche* —nombre del gomero que mató a Hernán Peraza— y que explica a través del ahaggar *au-tekubbirt* ‘el que lleva consigo la felicidad (1962: 259-260; 1934: 6-7).

Convencido como está de los vínculos estrechos entre el África noroccidental y las Canarias, Marcy no deja de destacar la importancia que tiene la transmisión defectuosa de los materiales insulares porque constituye una dificultad que obstaculiza el reconocimiento del hecho de la afinidad lingüística, porque las voces canarias las recogieron autores españoles que no estaban familiarizados con la lengua de los aborígenes, que eran incapaces de separar convenientemente las palabras y que no podían recoger más que términos aislados y cuyo sentido casi siempre estaba mal precisado. Y, por otra parte, los viejos indígenas que sugerían estas voces sabían poco más del español, condiciones claramente desfavorables que explican el estado tan defectuoso del material lingüístico transmitido.

Cuando Marcy publica sus primeros trabajos en los que considera las Canarias antiguas como una provincia del mundo bereber, el lingüista y etnólogo austriaco Dominik Josef Wölfel (1888-1963) dedica todo el tiempo de que dispone al estudio del pasado de las Islas. Las primeras referencias sobre la relación entre la lengua de los aborígenes canarios y el dominio bereber aparecen en su «Bericht über eine Studienreise in die Archive Roms und Spaniens zur Aufhellung der Vor- und Frühgeschichte der Kanarischen Inseln», donde puntualiza que las afirmaciones hechas sobre la diversidad lingüística de las Afortunadas prehistóricas y sobre el parecido de los materiales canarios con el bereber le parecen arriesgadas y prematuras hasta tanto no se cuente con un estudio satisfactorio, que se podría realizar después de reunir datos suficientes, postura lógica en un

investigador que aún no ha tenido la oportunidad de estudiar el material lingüístico y cuyo objetivo entonces era una recopilación completa de fuentes documentales sobre el pasado insular. Pero también vemos que se ha dado cuenta de que es imprescindible un profundo conocimiento del bereber para acercarse a los materiales canarios y por ello intenta completar su formación en esta dirección, y para ello dedica jornadas de estudio de doce horas durante tres meses, no dudando, además, en acudir a Berlín en el semestre de verano de 1932 a recibir clases de bereber y hausa del profesor Diedrich Westermann.

Donde realmente se enfrenta Wölfel por primera vez al estudio de la lengua de los antiguos canarios es en el glosario que incorpora como apéndice II a su edición del texto de Torriani, una obra que ve la luz en 1940, pero que estaba terminada desde mucho antes. Las casi sesenta páginas que dedica ahora a este respecto suponen, tras la publicación de Abercromby, la segunda contribución de relevancia en esta parcela de la investigación en lo que va de siglo. Wölfel presenta aquí los materiales lingüísticos de Torriani ordenados, y en el estudio de cada una de las voces y expresiones formula hipótesis etimológicas para acercarse a la forma original y, siguiendo el método de la comparación de lenguas, establece el oportuno parangón con posibles paralelos, sobre todo del dominio lingüístico que se encuentra más próximo al Archipiélago: el área bereber, pero lo hace con evidente cautela y reserva, una posición lógica y nada sorprendente dado su desconcierto e inseguridad al no poder conseguir siempre en este dominio referencias válidas de las formas canarias.

Luego, en su artículo de 1943, «Los Monumenta Linguae Canariae», confirma que parte del material lingüístico prehispánico tiene paralelos perfectos en bereber, pero que junto a este figura una cantidad no menor que no es posible explicar a través del bereber actual, un hecho para el que no tiene respuesta y tres grandes interrogantes constituyen el punto de partida de su análisis: ¿Hay dos capas diferentes, una bereber y otra no bereber, en los restos conservados?, ¿es, por el contrario, el bereber del continente una mezcla de una lengua de tipo canario con otra?, ¿hubo una lengua común en el megalítico de la cual provienen en parte —esto es por sustrato— sistemas como el hausa, el bereber, el vasco y parte de las lenguas indoeuropeas de Europa occidental?, y, si fuese así, ¿consiguió sobrevivir en casi su totalidad esta lengua megalítica en Canarias, añadiéndosele posteriormente una capa del bereber actual? Pero con los datos de que dispone, lejanos de la cantidad deseable y muchos de ellos de carácter

provisional, Wölfel no puede hacer otra cosa que reconocer la imposibilidad de establecer una discriminación segura y le parecen tres explicaciones con igual porcentaje de probabilidad.

Diez años más tarde, en la segunda parte de su artículo «Le problème des rapports du guanche et du berbère», vuelve a referirse a esta cuestión y señala que son varios los autores que han buscado en el bereber la pista de las formas canarias, pero su posición a este respecto es clara. Él sabe que, aunque esta dirección de la investigación es la que se ha mostrado más fructífera y que el bereber es la llave de la gran sala del edificio en ruinas de la lengua prehispánica canaria, se trata de una llave que no abre ni todas las puertas ni todas las cámaras de este edificio. Sabe que en ambas realidades lingüísticas existe un conjunto de palabras iguales en forma y contenido y también que hay materiales canarios, como las frases y los verbos, que no permiten la comparación con el bereber actual. Por eso Wölfel destaca la necesidad de no limitarse a este dominio y de ampliar el campo llevando la comparación lingüística a otros sistemas de la antigüedad, procedimiento metodológico que desarrolla en su trabajo *Eurafrikanische Wortschichten als Kulturschichten* y en sus *Monumenta Linguae Canariae*.

En la introducción de esta última contribución se recoge su posición frente a la lengua de los antiguos canarios así como la propuesta metodológica para su estudio. Nuestro investigador parte del principio básico de que la lengua de los aborígenes no surgió por generación espontánea ni cayó del cielo, sino que tuvo que llegar a las Islas procedente de algún lugar, acaso a través de diferentes lenguas anteriores, que tuvo parientes y que tal vez los sigue teniendo. De ahí la necesidad de buscar este parentesco lingüístico porque, de lo contrario, la labor se queda solo en un mero inventario del material lingüístico conservado. Por ello Wölfel es partidario de la lingüística comparada y de su metodología, dado que en el ámbito de las civilizaciones —la lengua es a la vez principal recipiente y principal contenido de la civilización— la única forma de reconstruir un pasado no recogido en una historia escrita es estableciendo comparaciones. Solo por medio de este estudio comparativo se puede llegar a reconocer la formación de las palabras y, con ello, analizar las voces y otros elementos morfológicos. El método ha de consistir necesariamente en avanzar un poco a tientas y con extrema precaución, conscientes de que para el camino que se ha de recorrer, falta en mayor o menor medida el conocimiento de la historia política y económica de

un pueblo y, por consiguiente, la historia de su lengua. Así, hay que encontrar una o varias llaves que abran la puerta que nos lleve a la lengua canaria y la tarea, por tanto, ha de consistir en llevar a cabo estudios comparativos entre diversos sistemas, hasta dar con uno o varios que con seguridad estén emparentados con el insular, o hasta que se haya verificado positivamente que se ha fracasado en el intento. Para ello hay que partir del escaso material cuyo significado se conoce y buscar palabras de otras lenguas que para un valor igual o parecido presenten una configuración fonética igual o similar, e incluso en el caso de que no se sepa el significado, hay que averiguar si la lengua comparada presenta fonemas similares, al objeto de verificar el parentesco de las lenguas y de ver qué sucesiones de sonidos son posibles en una y en otra.

Una vez en este punto, Wölfel se pregunta qué lenguas hay que comparar y con cuáles se puede realmente llevar a cabo las comparaciones, y el primer factor que hay que tomar en consideración es el de la situación geográfica, lo que nos lleva a las lenguas del continente africano. Es preciso comenzar con el bereber y seguir con los restos de las lenguas antiguas del norte de África correspondientes a los periodos cartaginés, griego y romano, a las que él denomina provisionalmente *afros*; también hay que considerar las lenguas hamíticas, como el egipcio antiguo, y no pasar por alto el árabe, a pesar de que ni la transmisión histórica de esta lengua ni la cultura de los aborígenes canarios ofrezcan una referencia de que hubiese algún contacto con anterioridad a la conquista española. Además, como quiera que la llegada se hizo por mar y que las embarcaciones pudieron haber venido de lugares más lejanos, ello obliga a ampliar la investigación a toda el área lingüística preindogermánica de la cuenca mediterránea y también a las regiones de la antigua civilización megalítica de Europa occidental, con lo que hay que prestar atención al ibero, al vasco, al cretense, al griego, al latín y al picto.

Como vemos, se trata de una propuesta metodológica ponderada, de gran amplitud, que da entrada a todas las posibilidades disponibles, pero que en nuestra opinión no se atiene a los resultados de la investigación ni los valora de forma adecuada, porque nuestro autor sabe que el vasco, el gaélico y el griego no han podido explicar satisfactoriamente ni una sola voz canaria. Y también sabe que muchos de los términos conservados solamente se explican a través del bereber. De modo diferente a Marcy, que prefiere ver la botella medio llena, Wölfel prefiere verla medio vacía, restándole importancia al notable volu-

men de voces que, desde su formación e información parciales, logra explicar satisfactoriamente en esta dirección.

Todo ello viene a mostrar que las posiciones que se tienen a este respecto se encuentran manifiestamente condicionadas por los datos no exhaustivos que se manejan, por la inexistencia de estudios profundos y sistemáticos y por las particularidades de las dos realidades lingüísticas implicadas, unos hechos a los que ya nos hemos referido en distintas ocasiones pero que nos permitimos destacar de nuevo por el crucial protagonismo que tienen en estas cuestiones. En este sentido, tenemos que tener en cuenta las dificultades y limitaciones que se derivan del grado de conocimiento que poseemos de ambos sistemas y de la diferente naturaleza o estado que estos presentan. De una parte tenemos el bereber moderno, caracterizado por una historia lingüística que ignoramos, una escasísima apoyatura textual, una diversidad interna muy amplia y una realidad dialectal compleja que no conocemos íntegramente, pero en cualquier caso estamos ante una lengua viva dentro de la cual se pueden observar todos los hechos, las relaciones y los comportamientos y podemos aprovechar todas las ventajas que toda lengua funcional ofrece, algo que es imposible de hacer en el caso del sistema de comunicación de los aborígenes canarios, desaparecido hace mucho tiempo y que desafortunadamente solo conocemos a través de unos materiales escasos, parciales y ampliamente corrompidos en la transcripción y transmisión gráfica, que no ofrecen muchas garantías.

Junto a ello tenemos que tener en cuenta igualmente la notable distancia temporal que se da entre los dos elementos que se comparan. Lo que sabemos en la actualidad del bereber corresponde a una información que recoge el estado reciente de la lengua, mientras que, en el caso de los canarios, los datos parciales que ahora tenemos fueron recogidos en su mayoría en la época de la conquista y la colonización insular y corresponden a un sistema antiguo que, según todos los indicios, arraiga en las Islas en fecha temprana, cuando se produce el asentamiento de los primeros pobladores, y que consecuentemente pierde el contacto con el tronco lingüístico del que forma parte para iniciar una dilatada andadura en solitario a través de los siglos, andadura en la que ambas realidades lingüísticas, la norteafricana y la canaria, discurren separadas la una de la otra y necesariamente se han de producir cambios, y a ello hay que añadir también la disparidad de la evolución histórica de ambos territorios.

Todos estos factores hacen que las coincidencias entre el bereber y la antigua lengua canaria, que conocemos de forma muy incompleta y sin garantías, no sean numerosas, pero es lógico que sea de este modo y la investigación tendrá que tener en cuenta todos estos hechos y arrojar luz sobre ellos. Y en este sentido, la principal línea de trabajo sigue siendo buscar la explicación de los materiales lingüísticos canarios en el dominio bereber, porque es la única que, hasta el momento, ha ofrecido resultados positivos, y ello ha de hacerse contando con unos *corpora* fiables y completos que permitan tener una idea válida y cabal de las dos realidades lingüísticas —algo que, en lo que se refiere a los materiales canarios y a pesar de los esfuerzos en este sentido, está todavía por hacer— y que ofrezcan la posibilidad de estudiar y comparar con garantías todos los niveles posibles, desde las voces comunes a los topónimos.

BIBLIOGRAFÍA

- Abercromby, J. (1917): «A Study of the Ancient Speech of the Canary Islands», *Harvard African Studies*, I, pp. 95-129.
- Bougchiche, L. (1997): *Langues et littératures berbères des origines à nos jours*, París, Ibi Press.
- Díaz Alayón, Carmen y F. J. Castillo (1999a): «Las relaciones entre el bereber y la lengua prehispanica de Canarias: de López de Gómara a John Campbell», *Letras de Deusto*, vol. 29, núm. 84, pp. 139-175.
- Díaz Alayón, Carmen y F. J. Castillo (1999b): «Les rapports entre le berbère et la langue préhispanique des Canaries. De López de Gómara à John Abercromby», *Littérature Orale Arabe-Berbère*, núm. 27, pp. 249-300.
- Marcy, G. (1933): «Une province lointaine du monde berbère: l'Archipel Canarien et son histoire», *Bulletin de l'Enseignement Public du Maroc*, 127, pp. 170-191.
- Marcy, G. (1940): «La vraie destination des pintaderas des Iles Canaries», *Journal de la Société des Africanistes*, X, pp. 163-180.
- Marcy, G. (1943): «El apóstrofe dirigido por Iballa en lengua guanche a Hernán Peraza. Notas lingüísticas al margen de un episodio de la historia de La Gomera», *El Museo Canario*, II, pp. 1-14.
- Marcy, G. (1949): «El origen del nombre de la Isla de El Hierro», *Revista de Historia*, XV, pp. 358-360.
- Marcy, G. (1962): «Nota sobre algunos topónimos y nombres antiguos bereberes en las Islas Canarias» (traducción y comentarios por J. Álvarez Delgado), *Anuario de Estudios Atlánticos*, 8, pp. 239-289.
- Wölfel, D. J. (1930): «Bericht über eine Studienreise in die Archive Roms und Spaniens zur Aufhellung der Vor- und Frühgeschichte der Kanarischen Inseln», *Anthropos*, XXV, pp. 711-724.
- Wölfel, D. J. (1940): «Torriani und die Sprache der Kanaren», en L. Torriani, *Die Kanarischen Inseln und ihre Urbewohner*, Leipzig, pp. 244-303.
- Wölfel, D. J. (1943): «Los Monumenta Linguae Canariae», *Revista de Historia*, XI, pp. 105-111.
- Wölfel, D. J. (1953): «Le problème des rapports du guanche et du berbère», *Hespéris*, XL, pp. 523-527.
- Wölfel, D. J. (1955): *Eurafrikanische Wortschichten als Kulturschichten*, *Acta Salmanticensia*, IX/1, 1955.
- Wölfel, D. J. (1965): *Monumenta Linguae Canariae*, Graz.